

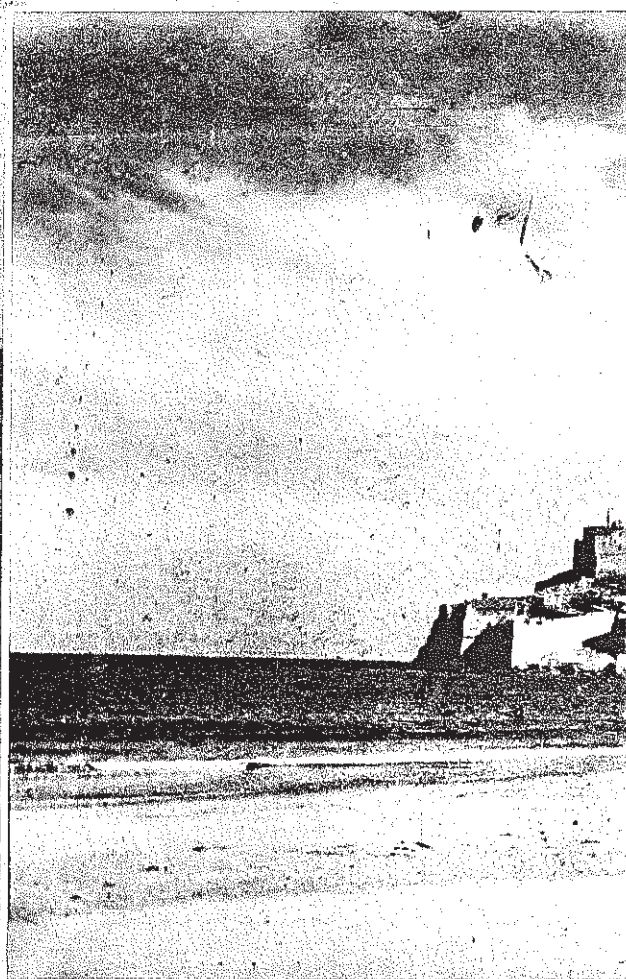
Venya loca
7-2-57

PEÑISCOLA,

la última capital del antipapa

• LAS SOMBRAS DE ANIBAL, DE LOS TEMPLARIOS Y DEL PAPA LUNA VAGAN FANTASMALES POR LAS CALLEJUELAS DE ESE PEQUEÑO PUEBLO DE PESCADORES

Por
ARMANDO RUBEN PUENTE



◀ Calles empinadas, estrechas y tortuosas, que parecen haberse detenido en la Edad Media.

LA costa se prolonga rectilínea a lo largo de varios kilómetros en el litoral del antiguo Reino de Valencia. Al fondo, adentrándose como una flecha en el Mediterráneo, la península de Peñíscola, con su grande y severo castillo vigilante como un águila sobre el pequeño pueblo de pescadores.

Es fácil volver a vivir los viejos siglos de la historia y casi ver en el gigantesco "cinemascope" de la playa la salida por la Puerta de Santa María —una de las tres de su recinto amurallado— de un grupo de caballeros templarios, de hábitos blancos con una roja cruz en el pecho, cabalgando ágiles corceles.

Entramos en el pueblo de calles empinadas, estrechas y tortuosas, al estilo medieval, con su piso empedrado. Sus pacíficas gentes, pescadores y agricultores, sencillos, religiosos y hospitalarios, enamorados de la tradición, celebran sus Fiestas Mayores en esta primera quincena de septiembre, en honor de su Patrona la Virgen de la Ermitana, en cuya capilla reposan, según la leyenda, los restos de varios discípulos del apóstol Santiago, que allí desembarcaron para evangelizar la España romana.

Ya antes de su llegada Peñíscola era conocida y bajo diversos nombres aparecía en las crónicas latinas. Se cuenta que, convertida en formidable fortificación por Cartago, el gran enemigo de Roma, cuando el mundo se dividía también en dos bloques, fué aquí donde Amílcar Barca tomó a su hijo Aníbal juramento de odio eterno a la república romana.

Por las calles subimos al castillo, cuya enorme mole ocupa la cúspide del promontorio rocoso y tiene unos trescientos metros de perímetro. De muros extraordinariamente sólidos, apenas presenta al exterior más huecos que la puerta y algunas ventanas o saeteras. Edificado por los Caballeros Templarios, que fueron señores de Peñíscola por Real Gracia de don Jaime I el Conquistador, fué luego mejorado y fortificado por don Pedro Luna, el último antipapa del Gran Cisma de Occidente, que encerró dentro de sus murallas su terquedad de aragonés, creyendo que estaba en la nueva Arca de Noé, único punto en que se conservaba la verdadera Iglesia, de la que todo el mundo había apostatado, por no reconocer su discutido derecho a la Catedral de San Pedro.

El rebelde octogenario llegó a Peñíscola con una pequeña corte de cardenales y siguió dando órdenes a la cristiandad con el nombre



▲ Sobre la arena de la playa parecen cabalgar a lo lejos los caballeros templarios, de hábito blanco con una cruz roja en el pecho, de regreso a su señorío de Peñíscola.

Peñíscola, la última capital del antipapa



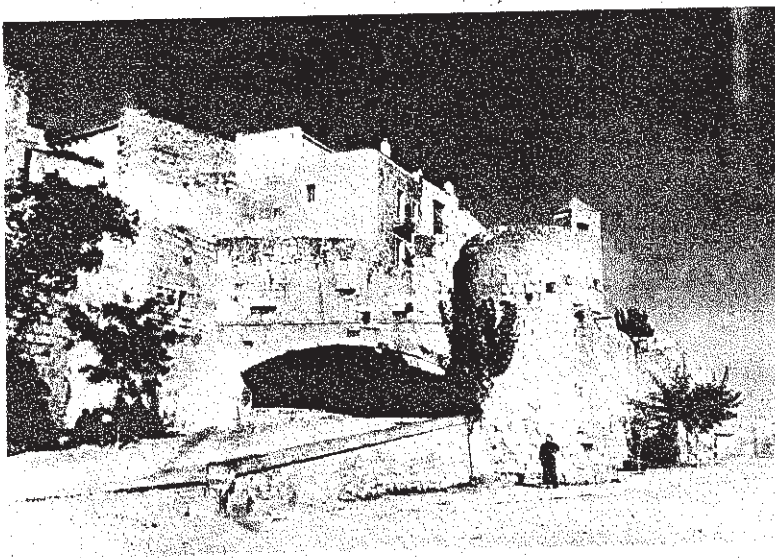
El escudo del papa Luna sobrevive en la puerta de la capilla del castillo.

de Benedicto XIII, a pesar de haber sido depuesto por los concilios de Pisa y Constanza. Era él el prototipo de uno de los soberbios nobles del Medioevo, hábil en la diplomacia, feroz en la guerra, terco y astuto como los campesinos de su tierra natal de Aragón.

Aquí, en el castillo de Peñíscola, donde la tradición afirma que en una noche fué tallada en la roca una disimulada escalera casi vertical, por la que pudiera escapar el antipapa en caso de asedio o embarcar sin ser advertido, Pedro de Luna, con sus ochenta y siete años, escribía su "Liber de Consolatione Theologicae" y "Vitae humanae adversus omnes casus consolationes", resistía el asedio de sus enemigos, excomulgaba a Martín V de Roma y a cuantos se habían pronunciado contra él y recibía a los emisarios de los reyes de su tiempo.

Da acceso al patio de armas del castillo un recinto abovedado con escalinata empedrada y en el interior del edificio pueden observarse la Sala del Cónclave, la Capilla que guarda el cáliz que usó el papa Luna, una cruz de cristal tallado de notable valor y un "Lignum Crucis". Los grandes salones vacíos, donde los pasos resuenan en la piedra, no son tétricos por la nota alegre y luminosa del ambiente levantino español. Hay que descender a las húmedas mazmorras para imaginar las torturas de la Edad Media, y luego subir pronto a las terrazas del castillo, que ofrecen la maravilla de las playas vecinas y de la sierra de Irta al fondo, para alejar los fantasmas del pasado bajo el sol limpio que pintó Sorolla.

Y quedarse varios días en este lugar, que invita al reposo y a la abstracción de nuestra agitada época, donde puede encontrarse una paz insospechada en un marco de tantos días y episodios turbulentos.



Parte de la muralla y puerta de entrada al castillo, típico "nido de águila".